



# UR, ASSUR Y BABILONIA

HARTMUT SCHMÖKEL

El compañero perfecto para *El asirio* y *La estrella de sangre*. Esta obra trata de profundizar en el conocimiento sobre las costumbres de los pueblos asentados en Mesopotamia desde hace casi cinco milenios.

Con 178 anotaciones y 119 ilustraciones

# I - SUMER ARCAICO

## Uruk, 2900 a. J.C.

Cuando el corto anochecer se extiende sobre el país llano del Eufrates vuelven a casa los rebaños del templo a los gritos de los pastores morenos y desnudos. Es primavera y la hierba recién nacida tiene jugo y fuerza. Las ovejas y las cabras están gordas y los corderos siguen ágiles a sus madres, que marchan pesadamente con las ubres llenas. Todavía falta tiempo para la esquila; la piel les cuelga a los animales y las hilanderas de los patios del templo tendrán mucho trabajo este año.

La nube de polvo que levantan los numerosos pies que se arrastran por el suelo oscurece la entrada cubierta a través de la puerta de la ciudad de Uruk y ondea sobre los corrales de Eanna, del santuario de Inanna. Los vaqueros, que se ríen de los pobres pastores, los reciben con insultos. Entre los balidos del ganado pequeño se mezclan los mugidos de las vacas recién ordeñadas y el resoplar de los animales. Esperan la cebada que sacarán de los graneros del templo y que les darán, como todas las tardes. Las cabras y las ovejas han entrado ya en sus rediles junto a las murallas del santuario; el trabajo de los pastores del templo ha terminado por hoy, y se apelotonan alrededor del despacho para tomar sus raciones de cerveza y pan.

Las calles de los barrios de Uruk –como gargantas entre las murallas de barro, interrumpidas aquí y allá sólo por las puertas de las casas o por una pequeña capilla– están

ahora llenas de vida con el fresco del anochecer. Los carpinteros, los orfebres y herreros, alfareros, canteros y los elegantes cortadores de cilindros-sellos salen de sus talleres instalados en los portales del templo y se van charlando a su casa. Las mujeres, con el negro pelo atado arriba y con blusas de lana remangadas, traen agua del río en sus grandes cántaros, viéndoselas pronto trastear en el hogar o moler aprisa el último grano para las tortas de la cena. Soldados con yelmo de bronce, el escudo rectangular colgado y las picas sobre el hombro, vuelven a sus cuarteles. Quizá efectuaron hoy un servicio de zapa y tuvieron que reparar las defensas del río arrastradas en la última crecida. Escribas, sacerdotes y funcionarios, con sus vestidos de rizadas vedijas pasean orgullosos, y los muchachos dejaron al fin los duros bancos de barro de la escuela del templo. Saltan sacudiendo sus pizarras de arcilla por las plazas y serpentean ahora ágiles entre los cargados asnos de una caravana que, bajo los golpes de sus arrieros, llevan pacientemente cestos, sacos y tubos desde las anchas barcazas del muelle del Eufrates hasta el almacén. Ahora suenan órdenes y voces que detienen a los viandantes y los hacen echarse a un lado: a lo largo del paso abierto por una muchedumbre que se inclina, respetuosa, avanza el príncipe-sacerdote con manto de pieles y diadema real, de vuelta de una visita al canal de riegos recién construido, dirigiéndose hacia la puerta de Eanna para entrar en su casa situada dentro del recinto sagrado. Chirriando en sus piedras angulares se cierran las puertas de los almacenes y despachos y suspirando de alivio colocan los administradores y listeros sus tablas llenas de cifras en los estantes. El trabajo ha terminado por hoy, incluso para los esclavos del jardín, que colocan ahora las mamparas ante las acequias de los palmerales y huertos y cierran los accesos a las plantaciones en las cercas de adobe.

El viento que llegó con la caída de la oscuridad mezcla el perfume de las hierbas en flor de la estepa con el olor

del ganado, los fuegos de leña y el río que está por cima de la pequeña ciudad sumeria. Lleva también el aroma áspero de la mirra y el incienso a los patios y callejas que rodean el recinto del templo. Como de costumbre, los ciudadanos cansados por el trabajo alzan sus ojos a la terraza que se eleva por encima de todos los tejados y murallas y en la que se hallan dos santuarios. Son el orgullo de la ciudad y propagan por el país la gloria de sus arquitectos. Construido totalmente con la rara y preciosa caliza, en vez de con adobes, se alza allí el mayor santuario que construyó el hombre hasta ahora: sus dimensiones son de 30 por 80 metros; dentro hay un patio en forma de T, 62 metros de largo por 12 de ancho, a cuyo alrededor se hallan distribuidas simétricamente y con los accesos en eje, 11 cámaras. La *Cella*, el sanctasantorum, se encuentra en la habitación central de la cabecera y se entra a ella por el patio. El santuario está abierto a los fieles por numerosas entradas. La divinidad invita a sus adoradores a su casa.

El templo de piedra caliza, con la preciosa arquitectura de sus murallas provistas de hornacinas, está orientado de SO. a NE. Lo completa un segundo santuario, bonito y erigido sobre la terraza norte-sur en innumerables jornadas, de 14 por 18 metros, cuya belleza se basa en los mosaicos en colores de su patio –clavos de arcilla con cabezas de colores empotrados en las paredes de adobes formando modelos en *zigzag*, triángulos y rombos– y también en el pórtico que le precede, de 15 por 17 metros. Este pórtico está constituido por 4 pilares semirredondos en cada una de las paredes transversales y 8 pilares redondos en blanco y negro. Tenemos, pues, dos templos íntimamente unidos y en los que viven dos divinidades estrechamente relacionadas: Inanna, la Señora de Uruk, y su amante Dumuzi, divinizado por su elección. Para ellos son los fuegos sagrados, que lanzan su resplandor hacia las poderosas murallas produciendo un efecto ondulante debido a la colocación de las hornacinas. También se oye la canción de

los dioses al anochecer, perteneciente a los últimos sonidos del día, como el último balido de los rebaños sagrados, como el rumor del Eufrates... La cantan los sacerdotes y las vestales, resonando en las paredes como si llevara a los fieles promesa de protección divina contra los malos espíritus para toda la noche.

Esta ciudad de Unuk-Uruk es todavía joven, y los ancianos recuerdan aún los relatos de sus padres, según los cuales el pueblo sumerio se ubicó antiguamente en la laguna de Eridu, en el borde occidental del Golfo Pérsico, tras una larga emigración desde el Oriente. Hace ya varios siglos que se alza aquí un templo varias veces reconstruido por los escasos habitantes del país. El lugar fue la primera colonia de los inmigrantes y en el recinto sagrado le debieron aportar sus ofrendas al dios bueno y sabio Enki, el «señor de las profundidades del agua», que les había regalado las artes de la civilización y los había encaminado. En Enki tenemos el dios más antiguo de Sumer, y si confirmamos que su culto se practicaba también en la isla Tilmun (la actual *Bahrain*), situada en el Golfo Pérsico a unos 700 kilómetros al sureste de Eridu, y que según los viejos mitos sumerios protegía el país de Meluchcha –la costa sur del golfo–, tenemos con ello una prueba seria del camino seguido por los inmigrantes, venidos quizá de la India por tierra y por mar.

Desde Eridu, que jamás alcanzó importancia política alguna, aunque conservó su santidad durante milenios, se colonizó Uruk. Y el mito nos cuenta cómo Inanna le quitó a su padre Enki, cautivado por sus encantos, durante un banquete en que se bebió mucho, las «fuerzas divinas» –todas las invenciones celestes, composiciones y artes en las que se basa la civilización. El embriagado Enki se las regaló:

*«Con todo mi poder, con todas mis fuerzas quiero regalarle a Inanna, mi hija pura, el dominio, la divinidad, la tiara... ¡quiero regalarle el trono real!». Inanna, la pura, lo to-*

mó todo. «*Con todo mi poder, con todas mis fuerzas quiero regalarle a Inanna, mi hija pura, el alto cetro..., el sublime templo, ¡quiero regalarle los rebaños y el reino!*». Inanna, la pura, lo tomó todo...

La diosa sabe guardar también su tesoro después que Enki volvió en sí y llevárselo a su nuevo santuario de Uruk. Pero no por eso olvidaron en Uruk a Enki y a Eridu<sup>[1]</sup>. La primera epopeya, recientemente conocida, de «Enmerkar y el señor de Aratta», nos relata que el rey Enmerkar de Uruk, que aparece también como el inventor de la escritura, construyó con todas las fuerzas del país a Enki, en Eridu, su templo de Eapzû, «casa de la profundidad del agua». Pero Uruk se convirtió en la capital del joven Estado de Sumer, donde se adoraba al lejano y sublime dios celestial An y –con mucha más alegría y devoción– se veneraba en Eanna, la «casa del cielo», a Inanna, la Gran Madre, diosa del amor y dadora de la fecundidad.

Ahora, como había llegado la primavera, la ávida y amorosa diosa no está ya sola en su recinto sagrado. El pastor Dumuzi –quizá uno de los reyes más antiguos de Uruk– ha sido sacado por la tenebrosa reina del infierno, Ereshkigal, de su reino de las tinieblas, Kurnugea, el «país sin retorno», para volver al mundo de la luz y a los brazos de Inanna con los primeros brotes y flores. Se lo devolvía a pesar de su ignominiosa traición. Antiguamente la misma Inanna bajó a Kurnugea, pero su tenebrosa y enemiga hermana Ereshkigal la retuvo triunfante y la castigó con crueles azotes. Para salvarse y conservar en el mundo el amor, la fecundidad y el crecimiento –todo esto había desaparecido durante su viaje a los infiernos– había entregado a cambio a su amante. Siete demonios arrancaron al horrorizado amante de su trono de Uruk-Kullaba y en la época que comienza la sequía del verano lo bajaron al reino de la muerte. Inanna fue liberada, pero pronto empezó a consumirla la nostalgia del amado, el «señor de los rebaños» y heroico luchador contra los demoníacos animales de ra-

piña que diezmaban los rebaños. Y sucedió que al fin se le permitió resucitar de los infiernos por medio año, durante la primavera y principios del verano. Su vuelta era celebrada con las grandes fiestas de Año Nuevo, en las que Inanna y Dumuzi –al que los babilonios llamarían después Tannuz y los griegos Adonis– festejaban la «boda sagrada» en una capilla del templo, apartada y muy adornada, para garantizar así todos los años el crecimiento y la prosperidad de los campos y huertos, el amor y la fecundidad de los rebaños y de los hombres, y el firme y feliz orden del mundo. Todo el pueblo tomaba parte en el acontecimiento secreto y bienhechor. El príncipe-sacerdote tratado con el título de «Ensi» y la sacerdotisa superior del templo de Inanna, representaban públicamente en el estrado de la *Cella* del templo este apogeo del transcurso religioso del año en forma de un festín sagrado–, rito que pronto pasaría a todas las parejas de dioses en Sumer y que viene siempre representado como «symposion» en los relieves e imágenes de los cilindros<sup>[2]</sup>. No sólo convencía a los creyentes de la realidad del suceso sobrenatural, sino que pronto les dio también una dignidad divina a los dos protagonistas de los papeles principales del auto sacramental. Volveremos a encontrar este círculo de creencias en la época de la primera dinastía de Ur.

La fe y la vida eran todavía una misma cosa en este período arcaico de la historia babilónica; la edificación de los estados-ciudades sumerios nos testimonia estos hechos. Pronto se desarrollaron junto con Eridu y Uruk otras comunidades independientes y llenas de vida en Ur, Lagash, Umma, Nippur, Adab, etc. Era dogma indiscutible que toda la tierra pertenecía a los dioses a quienes rezaba el pueblo sumerio. El señor invisible de la ciudad y de sus tierras, cuyo santuario empezó pronto a alzarse por encima de los tejados de las casas de los ciudadanos, estaba representado en la tierra por el príncipe-sacerdote, que era al mismo tiempo caudillo de las fuerzas militares. Así,

pues, el templo no sólo era el lugar del culto, sino también la sede del gobierno y de los tribunales. Pronto se convirtió también en el centro económico de la creciente colonia. Aquí se almacenaban las cosechas de grano y aceite, dátiles y hortalizas; aquí se concentraban los rebaños, se distribuía la carne de los animales sacrificados, se aprovechaban las pieles y pellejos; en los talleres del templo trabajaban los artesanos, en los patios se reunían los comerciantes y tratantes, en otros aposentos planeaban los arquitectos sus edificios, y los constructores de los canales y los entendidos en riegos diseñaban su sistema para regar el país con las aguas del Eufrates, sus brazos y sus afluentes, sistema realizable únicamente a base de un trabajo común. Todos eran servidores y fieles de su dios que, en los despachos del templo, les daba regularmente a cambio de su aplicación los alimentos y vestidos necesarios para vivir, les hacía justicia, los protegía contra los enemigos humanos y demoníacos, aceptaba complacido sus ofrendas y los invitaba a sus fiestas para que participaran tanto en las alegrías de la vida como en los acontecimientos divinos. A esta forma de vida político-económica se le ha dado el nombre de «socialismo estatal religioso». Parece haber imperado hasta mediados del tercer milenio como estructura social y estatal del antiguo Sumer.

Sin la ayuda de los caracteres escritos no podemos imaginarnos el gran rendimiento de una economía estatal tan organizada y cuya base era tanto la explotación de todas las fuerzas como el abastecimiento adecuado de todos los habitantes. Asistimos así al nacimiento de la escritura más antigua brotada de los primitivos puntos, rayas y marcas de las liquidaciones y listas. El barro de las crecidas, abundante, amasado con facilidad y endurecido con rapidez, ofrecía junto con el buril de caña un material cómodo. Las dotes pictóricas o aritméticas predestinaban a tal o cual hombre al oficio de escribano. Los caracteres aumentaron pronto a un número aproximado de 2.000. Pero

con la misma rapidez se impuso una simplificación que los redujo en dos tercios. Esta simplificación se llevó a efecto al expresar con la misma imagen conceptos emparentados, como por ejemplo «arado» y «labriego», o también colocando pronto junto a la imagen su sonido, independiente del primitivo sentido, obteniéndose así una cómoda escritura silábica. A ella se unió la numeración, que empleaba tanto el sistema decimal como el sexagesimal y podía expresar valores elevados al igual que pequeños números quebrados.

Los excavadores alemanes que desde 1913 investigaron los cúmulos de ruinas de Uruk (la actual *Warka*), descubrieron innumerables tablillas de 4 por 11 centímetros de lado cubiertas de cifras y escritura arcaica. Representan exclusivamente comprobantes de la economía del templo y las más antiguas proceden del nivel Uruk IVa (3.000/2.900)<sup>[3]</sup>. Se trata de la escritura más antigua de la humanidad, pues desde aquí llegó a Egipto la idea de la escritura, para tomar allí su evolución propia. El arte de escribir nació, no para gloria de los reyes, ni para alabanza de los dioses, sino de las necesidades económicas cotidianas de un pueblo laborioso e inteligente que luchaba en el nuevo país por su existencia. La invención de la escritura, imposible de apreciar en sus efectos, fundamental para el desarrollo de la cultura espiritual de Occidente, es quizá la mayor hazaña de los sumerios.

## II - LA ÉPOCA DJEMDET-NASR

### Uruk, 2800 a. J.C.

Desde hace unos 300 años se hallan asentados en el país los súmenos, pueblo de estatura mediana, cráneo braquicéfalo, nariz recta y saliente, boca pequeña, labios finos y mandíbula inferior corta. La región a la que le dieron su nombre abarca la mitad occidental del actual Iraq Arabi y con sus 20.000 km<sup>2</sup> corresponde aproximadamente a la extensión de Westfalia. Durante estos primeros siglos del tercer milenio ha cambiado mucho su fisonomía. Predominan las comarcas esteparias, cuyo carácter se asemeja mucho al desierto en la época de sequía; mas se han reducido los grandes pantanos, se aseguraron parcialmente las orillas de los ríos y de innumerables corrientes, y grandes franjas de las proximidades se han convertido en tierras de labor. El trabajo duro, enérgicamente reunido y conscientemente aplicado del pueblo radicado ahora entre las corrientes, ha creado un sistema de riegos que contiene con elevados diques las crecidas de primavera y otoño ocasionadas por las lluvias y el deshielo en Armenia. Mediante canales, elevadores, acequias y regueras, se lleva el agua de las corrientes al suelo de las estepas, rara vez humedecido con las lluvias, haciendo de él exuberantes jardines y palmerales datileros, fértiles campos de cereales y jugosos prados que jamás se secan por completo. Aquí está el origen de aquella obra de la que se vanaglorian a través de los milenios los reyes, gobernadores y de-

más potentados de Mesopotamia. Una obra que garantiza la alimentación de una población de millones y que se ha vuelto a emprender en el Iraq actual con medios modernos y muy costosos. Este sistema de riego fue destruido en primer lugar por el despótico gobierno romano, la indolencia parta y las matanzas del mogol Gengis Kan. Las once doceavas partes de esta región tan rica en otros tiempos se transformaron en desierto<sup>[4]</sup>.

Por entonces, en la época sumeria antigua, empieza a florecer el país. Sus cereales –trigo, cebada y otras especies inferiores– su aceite y su ganado –bueyes, ovejas, cabras, asnos, cerdos y aves–, no sólo bastan para el abastecimiento de la población creciente, sino que se exportan también al Norte, Este y Oeste. El producto permite la importación de la tan necesitada madera de construcción, de la roca, de los metales preciosos y de otras necesidades de la economía y la civilización cuya elaboración, efectuada por una industria rápidamente desarrollada, vuelve a ofrecer nuevas mercancías para la exportación. Los admirables vasos de piedras procedentes del nivel Uruk III deben haber sido junto con los cilindros uno de los artículos más codiciados<sup>[5]</sup>.

Sobre esta base se desarrolla un comercio que abarca una esfera de ventas cada vez más amplia y cuyas huellas podemos seguir con asombro hasta el Elam (Persia suroccidental), a veces hasta la India, y por otro lado hasta el golfo de Isos y en particular en Egipto, sobre todo en la llamada cultura Negade II. El descubrimiento del famoso mango de marfil de *Djebel-el-Arak*<sup>[6]</sup> con sus relieves claramente pertenecientes a la época sumeria de Djemdet-Nasr marcó la etapa hacia el conocimiento de que la influencia cultural y económica de Sumer alcanzó gran amplitud. En el cúmulo de *Tell Brak*, 120 kilómetros al Noroeste de Messul se descubrió en el llamado templo Eye un santuario construido totalmente en el estilo sumerio. La epopeya ya citada de «Enmerkar y el señor de Aratta» nos

habla de grandes entregas de cereales en la región al Norte del Tigris, y no se tardará mucho hasta que por medio del intercambio comercial lleguen a Mesopotamia el marfil indio e incluso cilindros-sellos procedentes del ámbito de la todavía enigmática cultura del Indo, de *Amri*, *Mohendyo-Daro* y *Harappa* (milenios IV/III). La laboriosidad de sus habitantes produjo en este país un fruto realmente inmenso. Del paciente trote de los asnos alrededor de la noria, del sudor de los trabajadores en las acequias, en los canales recién excavados en los terraplenes y en los encauzamientos de los ríos arrastrados con demasiada frecuencia por las crecidas; del esfuerzo para procurar agua a los campos sedientos; de la lucha perenne contra las malas yerbas, la arena arrastrada por el viento, y los animales de rapiña que diezmaban los rebaños, empezó a afluir una corriente casi inagotable de felicidad a las ciudades de Sumer.

Aunque a grandes rasgos la cultura urbana de este período sigue siendo una continuación de la época Uruk, algunas observaciones nos aconsejan hacer un corte en la historia antigua de Sumer. De esta época, 2800/2700, se exhumó en toda Asia Anterior una cerámica hermosa, pintada vivamente en negro y rojo, denominada Djemdet-Nasr, según su primer yacimiento situado a unos 40 kilómetros al Noroeste de Babilonia y que dio nombre a toda la época. En vez del adobe normal o desmesurado se emplea ahora casi exclusivamente un pequeño ladrillo estrecho, el llamado «remito». Junto con el cilindro vuelven a aparecer en gran número los sellos arcaicos, y disminuyen las dimensiones de los templos. Quizá se hayan hecho efectivas aquí influencias orientales, elamitas, que más que transformar el cuadro general de la antigua cultura sumeria, fueron elaboradas por ella de un modo fecundo.

Entre los estados-ciudades de Sumer, Uruk tuvo en todo tiempo la primacía. Su fundación y expansión no sucedió siempre de forma pacífica; antiguas efigies de cilin-

dros representan escenas de combates que demuestran la existencia de luchas entre los inmigrantes y los indígenas, así como entre los mismos estados-ciudades sumerios<sup>[7]</sup>. La riqueza de Uruk se refleja en los templos, que conocemos muy bien por las excavaciones. Hacia finales de la época Uruk, 2850 a. J.C. aproximadamente, podemos confirmar una planificación totalmente nueva del santuario de Eanna. Se derribaron entonces los viejos edificios del culto, empleando la preciosa caliza del templo grande para la construcción de una escalinata, y sobre la nueva terraza se erigió el «templo C», de 22 por 56 m, conservado casi por completo en su planta, y luego, en posición transversal a él, el gigantesco «templo D»<sup>[8]</sup>, de más de 50 por 80 m., cuya *cella* mide 7 por 12 m. La planta de este templo, el mayor de Sumer, corresponde a la del santuario de caliza, pero lo rebasa en número de habitaciones y por las proporciones diferenciadas. El arquitecto sumerio consiguió resolver también la pesadez de estas paredes, probablemente sin ventanas y con un espesor de 2,5 a 5 m, aumentando el empleo de la técnica de la hornacina y transformándola en «sonora ligereza», como la llamó el mismo excavador. Las terrazas sobre las que yacen los santuarios van subiendo más y más, y el desarrollo conduce consecuentemente a la construcción de ziggurats, esa manifestación de torre por fases en forma de pirámide que volvemos a encontrar en Egipto, Polinesia y México.

Un paso importante en este sentido lo constituye el santuario de An, de la época Djemdet-Nasr y exhumado también en Uruk, accesible por una larga escalinata y que recibió el nombre de «Templo Blanco»<sup>[9]</sup>, por el jalbegue parcialmente conservado de sus paredes y cuyas murallas eran todavía más altas que un hombre cuando se desenterraron. Con sus medidas de 17 por 22 m, la arquitectura clásica de hornacinas y varios aposentos dispuestos alrededor de una habitación central, puede considerarse como templo típico de la época. Construcciones semejantes

se encontraron en el Diyala, una nueva esfera de colonización de Sumer descubierta al norte del Tigris inferior, donde los montículos de ruinas de *Chafadji*, *Tell Asmar*, *Ish-tshali* o *Tell Agrab* harán que pronto se hable de ellos.

Durante los siglos xxix y xxviii habían de producir los sumerios sus mayores aportaciones artísticas en los ámbitos del grabado. Tenemos en primer lugar el fino arte de la glíptica, la elaboración de sellos y cilindros, que sólo había de florecer en la antigua Asia Anterior<sup>[10]</sup>. En el período de Uruk son todavía raros, pero ahora aparecen estas preciosas piezas cada vez con más frecuencia, con modelos, emblemas, figuras míticas y también efigies totalmente realistas<sup>[11]</sup>, tan bien grabados que su impronta en una arcilla blanda nos ofrece una imagen excelente parecida a un relieve. Los cilindros-sellos del antiguo Sumer son todavía gruesos y frecuentemente de una altura de 7-8 cm, alcanzando su impronta una superficie rectangular de hasta 16 cm de longitud. En ella supo grabar el artista esas maravillosas escenas que podemos contemplar hoy llenos de asombro. El tesoro en motivos de la glíptica es inmensamente rico en estos siglos y comprende tanto la escena realista de caza como los actos del culto, donación de ofrendas, procesiones, procesos míticos, representaciones simbólicas y muchos más. Encontramos al rey en el combate, triunfando sobre sus enemigos; vemos a Dumuzi alimentando a los animales sagrados de los rebaños; hallamos los bueyes recién bendecidos y los rebaños sagrados de ovejas. Somos testigos de las luchas que han de efectuar los pastores contra los fieros leones para proteger sus animales; vemos una procesión en un barco por el río y hasta podemos acompañar a los grandes cazadores sumerios en una cacería por las montañas del Norte. Ante la contemplación de esta última efigie de sello<sup>[12]</sup>, ya famosa, el lector debe detenerse un instante y escuchar la historia que nos cuenta...